

SEGRELLES, ENTRE FANTASIA Y REALIDAD

Segrelles fue un ser enigmático, parapetado tras el misterio. Era como un oriental con vocación de morabito, de solitario, de ermitaño; ni ascético del todo ni del todo sensual, y un poco ambas cosas. Albaida, su pueblo, le había hecho así, y no era muy aventurado imaginarle envuelto en una chilaba y contemplando durante horas y horas la mudable forma de las nubes o el frío resplandor de las estrellas sobre el valle. Y porque tenía mucho de oriental sabía, con sabiduría profunda, cuán difícil le es al hombre señalar confines entre lo vivo y lo inerte: entre los diversos reinos de la naturaleza. Poseía una oscura e intuitiva ciencia, como magia o como cábala, con la que trastocaba portentosamente el orden establecido de las cosas y los seres terrenos; de ahí que en su obra pudiera haber extrañas bestias como hechas con piedras preciosas; árboles como minerales, como llamas o como animales malheridos; ríos de fuego, bosques de metal y hombres sin edad tallados en piedra o en leño.

—Usted —le dije una vez— debe de guardar en su poder la lámpara de Aladino.

Recuerdo esto que le dije, y recuerdo la mirada con que acompañó su respuesta, digna también de un oriental:

—La lámpara de Aladino la tienen todos, aunque pocos la usan. Es la fantasía.

Tenía una mirada azul, clara, que contrastaba vivamente con su piel cetrina, oscura; mirada entre escrutadora y asombrada que adivinó el suelo de la Luna bastante antes de que por primera vez posasen en él sus plantas los viajeros cósmicos. Bien claro se ve que era un hombre misterioso, a fuerza de haber desvelado misterios.

Le conocí en su Albaida, hará de ello unos treinta o trescientos años, no sé. Fue en su vieja casa. Era de noche, y desde el inolvidable ventanal se veía una hermosa luna derramándose sobre el valle, por cuyas laderas trepaban rebaños de árboles fantasmales. Reunidos unos cuantos amigos, llevados hasta allí por los azares de nuestra guerra, Segrelles dispuso para nosotros una audición de la *Novena*, de Beethoven, mediante un gramófono de los de entonces, en la penumbra, y con unos grumos de incienso puestos a quemar por los rincones, lo que no dejaba de ser una temeridad en aquellos días y entre el accho de gentes a las que el aroma antes evocaría tufillos litúrgicos que refinamientos orientales.

Traté a Segrelles, desde entonces, con alguna frecuencia, y debo apresurarme a aclarar que estas escenografías no eran nunca en él afectadas, como tampoco había afectación en sus singulares aprecia-

ciones, expresadas siempre con la más natural, y hasta humilde, de las sencilleces. Le recuerdo, por ejemplo, explicando que se resistía a fumar porque el tabaco ponía un enojoso velo entre él y la vida que le rodeaba; y lo destaco porque era, creo yo, un modo de decir que no necesitaba estimulantes él, siempre drogado sin drogas, siempre recién llegado de unas vacaciones interestelares con botín de paisajes insólitos, habitante de trasmundos, viajero del plano astral, fabricante de paraísos —y de infiernos— artificiales a los que sólo se llega a lomos de la imaginación.

Animado por Dios sabe qué oscuros atavismos, había borrado casi por entero de su mente toda la herencia racionalista del setecientos. Le estorbaban Linneo etiquetando animales y plantas, Buffon con



Ilustración de «Las mil y una noches». Museo Segrelles, Albaida



«Los marcelianos, según Wells»

sus historias naturales, Newton y su ley de la gravitación, Kant proclamando el imperio de la razón... Diré, en cambio, sus afinidades: el mundo de lo que arde sin quemarse, la ingravidez portentosa de los seres que presumimos pesados, las nunca vistas arquitecturas de coral en las abisales simas marinas, las piedras que sangran, las rondas de espectros... O de otra manera: *Las mil y una noches*, la tetralogía wagneriana, *La Divina Comedia*, las alucinaciones de don Quijote, las sinfonías de Beethoven, Jesús en Gethsemaní...

Allá por los «felicis años veinte» era ya Segrelles admirado y cotizado más acá y más allá de las fronteras, a causa de ese mundo suyo de que hablo —las sinfonías beethovenianas, las visiones del infierno dantesco, las mágicas transfiguraciones orientales y las imágenes del caballero manchego abrasándose las cejas entre enormes rimeros de libros de caballería—; un mundo ni tan soñado que no fuese real, ni tan real que no deslumbrase por su extraordinaria carga onírica, expresada mediante fórmulas técnicas pulcras y minuciosas.

Se me ocurre que el esencial meollo del arte ilustrativo de Segrelles hay que buscarlo en la mezcla de magia y de realidad que lo caracteriza. De una parte, el tirón vigoroso de la fantasía que lo transporta a mundos imaginarios. De otra parte, el otro tirón —muy dentro de la idiosincrasia valenciana— con que la realidad impide que se escape a su imperio. Sucede así que hasta en las parcelas más fantásticas de la obra de Segrelles la mágica irrealidad del conjunto está atemperada por la realidad de los elementos que lo integran. Aun cuando transmuta la materia de que están hechos los seres y las cosas, es raro que sus sueños degeneren en pesadillas o que sus fantasías deriven hacia la desencarnada alegoría. El orbe de Segrelles es un orbe por el que pueden transitar seres tan humanos como los que pueblan los relatos de Scherezada en una ficción que no excluye la plena terrenalidad.

No es fácil lograrlo. No es fácil alcanzar el punto

exacto de irreal realidad que mantiene a una obra alojada en el sueño, pero alejada del delirio.

Cronológicamente, la etapa creadora de Segrelles es coetánea de los más bizarros «ismos», desde el surrealismo hasta el arte no figurativo, y es revelador advertir cómo el pintor de Albaida permaneció hermético a todos ellos. No puede sorprender por eso que el éxito internacional le llegara principalmente desde el mundo anglosajón de los años veinte, tan conservador aún y tan inmune, en extensas áreas, a la infección de los «ismos» mejores o peores que arceciaba desde el corazón de la vieja Europa, cansado y corrompido por la terrible guerra reciente.

Durante algún tiempo este ilustrador tan bien dotado para su trabajo, con tanta pericia y tanta facundia, llena páginas del *Illustrated London News* y del *American Weekly*. Por cierto que cuando fue a Nueva York, ya en el segundo cuarto de siglo, no andaría su ruta muy lejana de la de Usabal, otro pintor valenciano cuyo nombre se está tragando el olvido. Carteles de Usabal, triunfador un día en Hollywood, divulgaron por aquellos tiempos en todo el



«Judás». Museo Segrelles, Albaida

mundo los rostros de los astros más famosos del cine. Usabal era pintor, sobre todo, para grandes espacios, extensos *affiches*, óleos de notables dimensiones. El arte de Segrelles, que nunca fue mínimo ni de miniaturista, se avenía mejor a los breves espacios acotados: el folio que acompaña a los folios de un libro. Su reino fue el de una ilustración, rubeniana casi por su suntuosidad imaginativa de estirpe literaria, de efusivo color y ajustado diseño. Aludiendo a Rubén queda aludido el evidente modernismo en el que Segrelles se formó y que le caracterizó plenamente.

La sofisticada suma de procedimientos y técnicas, que acaso pudo parecer poco ortodo: a, resulta ahora, junto al desenfreno de fórmulas y materias, de un muy moderado escolasticismo. Ilustrador extraordinario, logró culminar su obra y su vida con el vasto repertorio de ilustraciones para la espléndida edición

del *Quijote*, homenaje a la obra cervantina en el que resplandecen los más altos méritos del arte de Segrelles, tan delicado y tan fuerte, tan sugestivo y tan claro, tan espontáneo y tan culto. Estas ilustraciones, excelentes entre las mejores que hacen la espléndida tradición mundial de ilustradores del *Quijote*, son lo más real y humano en la obra del pintor albadense, lo más viva y verazmente realizado. Suprema razón de amor, más que la razón y antes que la fantasía, debió de regir su pulso y llevarle la mano en esa obra postrera. Porque, como su amigo Dante dejó dicho, a lo que no alcanza la fantasía, alcanza el amor:

l'Amor che move il sole e l'altre stelle.

JOSE OMBUENA



«Babosas», acuarela. Diputación Provincial de Valencia.